

El padre real, el padre idealizado y la función paterna

J.-C. Stoloff* (París-SPRF)

Resumen

Los cambios en la imagen del padre como consecuencia del desarrollo de la democracia, además de la igualdad y libertad en las relaciones entre los sexos, nos obligan a considerar desde un punto de vista nuevo el desarrollo psíquico y sexual de la niña y del niño.

Teniendo en cuenta lo que aparece como un malestar en la paternidad, habría que revisar la teoría freudiana a partir de estos nuevos aspectos. Esto constituye una urgencia vital para el porvenir del psicoanálisis.

Los cambios culturales en la imagen del padre demuestran y revelan lo que antes permanecía escondido en la fantasmática neurotica: la diferencia entre distintas imágenes del padre, padre simbólico, padre idealizado y padre real, que no pueden continuar siendo confundidas del punto de vista clínico.

Palabras claves

Función paterna, predominio masculino, idealización

Así como el psicoanálisis no separa las formaciones psíquicas colectivas de las que pertenecen al individuo, es legítimo medir los efectos de la evolución de una sociedad sobre el destino de las neurosis. Freud (1908) en "La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna" mostró las correspondencias entre la represión vinculada a las instituciones, como el matrimonio, y la etiología sexual de las neurosis. Las transformaciones contemporáneas de la familia, la aparición de nuevas técnicas de procreación asistida, la decadencia de lo que J. Lacan llamó el "principio macho" vinculado a la sociedad patriarcal conducen de nuevo a examinar, desde el punto de

* jc.stol@wanadoo.fr / [CV](#)

vista metapsicológico, el sentido de la función paterna. ¿Está ella padeciendo también una decadencia?

Fue en efecto J. Lacan quien planteó este problema en una época en que la comunidad psicoanalítica no era aún muy sensible a él. Destaca cómo “la personalidad del padre es *siempre carente* en alguna manera, ausente, humillada, dividida o falsa”. Define una “decadencia social de la ‘imago’ paterna”, decadencia íntimamente vinculada a la familia. Para él, es la causa de numerosos efectos psicológicos como las enfermedades neuróticas. Llega hasta a afirmar que esta crisis permite quizás explicar “la aparición del psicoanálisis”, y el hecho de que uno de los “hijos del patriarcado judío haya imaginado el complejo de Edipo”.

¿Decadencia de la función paterna?

Se puede preguntar legítimamente: ¿la decadencia innegable del núcleo patriarcal – algunos dirán paternalista– de nuestras sociedades occidentales implica una falta ineludible de la función paterna?

O más bien, y es la tesis que sostendré: ¿no asistimos en realidad a la decadencia de formas de predominio, ideológicas, y en consecuencia imaginarias, que sirvieron de máscara a la función paterna pero no constituyeron sin embargo su resorte esencial? Introducir el Sujeto en la filiación simbólica de las generaciones, sacándolo de las determinaciones naturales y biológicas. Para Lévi-Strauss, el ser humano es un sujeto de su cultura. Así, pues, la función paterna continúa desempeñando un papel determinante de socialización del hombre.

¿No se confundió demasiado fácilmente la función paterna y el papel de un *pater familias*?

El padre como un concepto

En pasajes famosos de su obra *Moisés y la religión monoteísta*, Freud escribe: “[...] este pasaje de la madre al padre caracteriza por otro lado una victoria de la vida del espíritu sobre la vida de los sentidos, por lo tanto un progreso de la civilización, ya que la maternidad es certificada por el testimonio de los sentidos mientras que la paternidad es una *conjetura*, se construye sobre una deducción y un postulado. El ‘*parti-pris*’ que eleva

el proceso de pensamiento por encima de la percepción sensoria se revela ser una evolución pesando muchas consecuencias [...]. El hombre se encuentra conducido a reconocer generalmente poderes 'espirituales'; es decir, poderes que no pueden ser comprendidos por los sentidos, en particular por la vista, sino que ejercen efectos indudables, o incluso de una extrema potencia [...]. El progreso en la vida del espíritu consiste en esto que se decide contra la percepción sensoria directa en favor de lo que se nombra los procesos intelectuales superiores; es decir, recuerdos, reflexiones, deducciones: que se decide por ejemplo que la paternidad es más importante que la maternidad, aunque no se deja probar, como este último, por el testimonio de los sentidos".

Esta frase donde Freud afirma la importancia mayor de la paternidad no significa, como una vulgarización psicoanalítica quiere dejarlo creer, un predominio del padre real sobre la madre real, y menos aun del hombre sobre la mujer. Se trata mucho más de destacar la *invención de un nuevo concepto de padre*, separado así como el propio concepto de Dios en el monoteísmo judío, de una encarnación sensible. Mucho antes de *Moisés...*, y sin haber desarrollado este punto fundamental en *El yo y el ello*, cuando Freud precisa que la definición del "padre de la prehistoria personal" del Sujeto es más bien una representación de los padres juntos ya prepara esta opinión. En lo originario (de Piera Aulagnier), el "*infans*" sentiría la presencia de un elemento tercero, de una función, de un "otro" del objeto primario que se sustituiría al personaje de la madre y del padre reales. Freud precisa que el niño se apodere del padre por identificación. Así, podría tratarse de la percepción de un vínculo entre este padre y esta madre, preparando el fantasma de la escena primitiva, vínculo del cual se siente excluido, constituyendo una limitación a su aspiración narcisista a la omnipotencia. La carencia de este vínculo, por el contrario, podría tener consecuencias psicopatológicas y conducir a una potencialidad psicótica. Esta identificación primaria constituye, como lo destaca Ana Delia Levin de Said (2004, pp. 200-201), un elemento fundamental del "sostén del ser", porque, como ella dice, la función parental (definida por el padre y la madre unidos en la imagen del padre originario) "advierde el desvalimiento inicial del ser humano".

Más allá del padre real, el "padre de la prehistoria personal" corresponde pues a la percepción del padre como antecesor del sujeto y representante de un origen que le permanecerá para siempre inaccesible.

Freud afirma que detrás de esta figura, digamos de este padre-función, se perfila el ideal del Yo, encarnación de los sentimientos sociales y de la moral. Ésta es la razón por la que pensamos que el padre de la prehistoria personal es un precursor del padre

simbólico y de la función paterna en la cual se basa, como lo recuerda Ana Delia, la constitución del capital fantasmático del Ser (2004, p. 179).

Me parece que se puede concebir la dificultad de ser padre en el mundo actual como el resultado de una tensión cada vez más difícil a asumir para todo sujeto entre dos representaciones del padre. La del padre-función es una metamorfosis de la del padre idealizado.

Es decir que la cuestión se plantea de la siguiente forma: ¿cómo nuestras sociedades laicas pueden asumir al mismo tiempo la paridad o la igualdad hombre-mujer y sus consecuencias: la decadencia de la representación del padre idealizado y preservar sin embargo la función paterna, transmisora de la ley moral? Esta problemática la dedujimos de la última gran obra de Freud *-Moisés y la religión monoteísta-*, así como de prolongaciones teóricas propuestas por Lacan y Rosolato. Pero otras explicaciones parecen ahora necesarias volviendo a textos previos de Freud donde son planteados los destinos diferentes del complejo de Edipo en la niña y el niño. En efecto, en estos textos se trata especialmente de la sexualidad femenina, de la feminidad y de las "consecuencias psicológicas" vinculadas a la ausencia del pene en la mujer.

El papel específico de un padre-función *como concepto distinto de una estricta encarnación en el padre real* parece mucho menos evidente en estos artículos de Freud, necesitando, por lo tanto, una revisión de la teoría freudiana sobre algunos puntos importantes y, en particular, en los que se refieren a la teoría dicha "de la primacía del falo".

¿Primacía del falo o predominio del pene?

Recordemos que, para Freud, la niña y el niño pasarían indiferentemente durante el Edipo por una fase fálica que ignora para ambos la existencia de un sexo femenino, a causa de una esencia masculina de la libido.

La posición de Freud, hay que recordarlo, no se refiere aquí al falo como representación del pene, sino a este último como órgano. Para Freud, los aparatos genitales de la niña y del niño son la sede de una excitación de la cual el modelo sigue siendo la excitación del pene.

Para la niña, este dato anatómico supone consecuencias problemáticas. Esta excitación tendría por origen un pene atrofiado, el clítoris, de ahí la decepción de la nena y la necesidad, durante su desarrollo, de renunciar a este tipo de placer y de excitación para sustituirlo por el placer vaginal. Freud deja de lado parte del problema esencial, que

es la sustitución al pene en el imaginario fantasmático humano, por la representación de éste, el falo. Al no hacer caso de esta dimensión simbólica e imaginaria, que podría sin embargo confirmar su hipótesis referida a los aspectos filogenéticos del inconsciente (los fantasmas originarios), su teoría parece hundirse en la búsqueda de un origen anatómico de la diferencia psíquica entre los sexos. Ya que es necesario entender bien un segundo aspecto de esta promoción de la representación fálica para los dos sexos: esta primacía tiene también por objeto canalizar el deseo, limitándolo hacia una forma aceptable para el narcisismo defensivo. *Al contrario*, el deseo y el placer femeninos, en la medida en que ningún órgano visible parece ser la sede, conduciría a lo peligroso, desconocido y abismal. (El placer femenino sería diez veces superior al del hombre, afirma Tiresias por haberlos experimentado a los dos.) El goce de la mujer es visible por la expresión corporal de todo su ser. Es un escándalo para el *narcisismo del pensamiento*, que no soporta la herida que le inflige lo desconocido. El falo como representación del deseo sexual masculino desempeña pues un papel defensivo tranquilizador para el narcisismo. Su primacía para el inconsciente, el predominio del pene y de lo masculino resulta de la necesidad de rechazar el desconocido del deseo. Se puede proponer la hipótesis de que el falo como representante del pene en erección está vinculado al sistema de fantasmas originarios. Estos fantasmas desempeñan un papel esencial en la represión primaria de la pulsión. Se puede establecerse aquí una correspondencia para el inconsciente entre el rechazo de la sexualidad infantil y el rechazo de lo femenino (J. André). Françoise Héritier señala lo que ella llama una "valencia diferencial de los sexos". Designa así el predominio de una categoría básica del pensamiento: de un principio masculino opuesto al femenino. La autora ve en esta valencia dominante una tentativa social de controlar la sexualidad femenina y la fecundación. La soberanía cultural de lo masculino estaría destinada a contrabalancear el predominio conferido a la mujer por la naturaleza a causa de su fecundidad. Pensamos que esta "valencia diferencial de los sexos" encuentra un apoyo inconsciente en la primacía del falo. Se trata para el "yo" de defenderse contra la irrupción de lo "desconocido" vivido como desorganizador y manifiesto en el deseo y el goce femeninos. Maurice Godelier piensa también que en la especie humana, a causa de sus particularidades (ausencia de "œstrus", continuación de una vida sexual después de la menopausia), se impuso una necesidad: controlar la sexualidad de las mujeres, como si ésta pudiera poner en peligro la vida social. Freud hablaba de lo femenino como un continente negro. (¿Quizás sea necesario vincularlo a las otras heridas narcisistas infligidas al pensamiento que destacaba en "Una dificultad del Psicoanálisis"?). De la primacía conferida al falo en la fantasmática humana en vez del pene (nunca se insistirá lo suficiente acerca de esta diferencia) en la fanatasmática,

y esto para los dos sexos, resulta la necesidad de canalizar el deseo inconsciente –en particular femenino– hacia formas aceptables y pensables para el narcisismo.

Por otra parte, es necesario observar que el deseo empuja al sujeto hacia otro ser, con lo que este deseo oculta de desconocido y riesgoso. (Freud hablaba de hemorragia narcisista para caracterizar el estado de enamoramiento.) El falo es una representación de este deseo, que permanece firmemente amarrada a las fuentes autoeróticas de la libido. En efecto, el falo demuestra particularmente bien el goce autoerótico autosuficiente independiente del objeto. Es por excelencia una representación que simboliza el placer sexual masturbatorio autogenerado. Ese placer puede leerse de manera clara, visible y controlada en todas sus fases con el aumento de la excitación, el apogeo del goce, la eyaculación hasta el descenso de la tensión.

El placer de la masturbación femenina es mucho más problemático desde el punto de vista de su localización anatómica visual. No puede dar lugar a una representación identificable y controlable como la del falo. Esta es la razón por la que en fantasmas masculinos bastante extendidos se trata de observar la masturbación femenina, actuando la mano de la mujer o un objeto que representa a un pene imaginario. Esto corresponde seguramente a la tentativa de hacer entrar por la fuerza el placer sexual femenino en un modelo fálico de goce más tranquilizador para el narcisismo y cuyo fetiche constituye el aliado.

Sexualidad femenina, feminidad, lo femenino

Nos parece que a partir de estas consideraciones resulta posible clarificar algunas de las cuestiones planteadas acerca del desarrollo sexual femenino. Recordemos las posiciones de Freud expuestas en un primer texto (1925) titulado "Algunas consecuencias psicológicas de la diferencia anatómica entre los sexos", al cual es necesario agregar "La organización genital infantil", que es previo (1923). Estas posiciones fueron criticadas por autores como M. Klein, E. Jones, K. Horney, y son hoy objeto de nuevas controversias.

Para Freud, las diferencias del desarrollo sexual edípico en la niña y en el niño resultan del carácter para él universal de la fase fálica de la libido, presente en los dos sexos. Pero este término debe en Freud oírse como fase de predominio del pene y del clítoris, porque estas zonas, a su modo de ver, son las localizaciones anatómicas genitales que suceden a las localizaciones orales y anales del erotismo. Cuando Freud escribe en 1923 en "La organización genital infantil" que no existe una primacía genital sino una primacía del falo,

quiere decir que "para los dos sexos, únicamente, el órgano genital masculino desempeña un papel". No hay que equivocarse a propósito de lo que apunta Freud: no es la *representación del órgano masculino*, el falo, lo que él afirma, porque en este caso se podría estar de acuerdo con él. Para guardar una coherencia en su teoría de las pulsiones, supone que es la zona genital clitoridiana en la niña, como el pene del niño, que heredan de las inversiones orales y anales previas al período edipiano. Sin embargo, podemos preguntarnos si, debido a su preocupación de coherencia en su teoría de las pulsiones, fundada sobre el modelo de la descarga, y ante la existencia de una excitabilidad clitoridiana mucho más evidente que una supuesta excitabilidad vaginal, Freud no ha subestimado la dimensión fantasmática, siendo ésta la única a conferir verdaderamente su primacía al falo. Nos parece que las objeciones que le han sido hechas por M. Klein, E. Jones y K. Horney tendiendo a afirmar la existencia de una excitación vaginal precoz distinta de las sensaciones clitoridianas caen en un error similar. Ya que la respuesta a estas cuestiones no se encuentran en una causalidad anatómica, sino más bien en el valor fantasmático concedido al pene en los dos sexos.

El destino del complejo de Edipo en los dos sexos: diferencias y semejanzas

Si proseguimos en la línea de pensamiento de Freud, la diferencia anatómica entre los sexos (pene para el niño, clítoris para la niña, ignorancia de la vagina para los dos) tiene consecuencias psicológicas determinantes. Para el niño, la resolución del complejo de Edipo sería el resultado de la angustia de castración, vinculada al miedo de perder el pene como castigo impuesto por el padre para castigarlo por sus deseos incestuosos dirigidos hacia la madre. Ante esta amenaza, el niño renunciaría a su deseo incestuoso con el fin de conservar el pene.

Según este punto de vista, la identificación al padre y a un proyecto cultural como el de fundar una familia se conciben estrictamente como una consecuencia de la angustia de castración y no como una búsqueda identificatoria que viene a consolidar su identidad primaria masculina. Ahora bien, la teoría psicoanalítica no puede ignorar más los numerosos trabajos ulteriores de Stoller, Roiphe y Galenson que certifican la existencia de un sentimiento precoz de identidad sexual masculina o femenina *antes* de la travesía del Edipo.

Según Freud, cuando se refiere a la niña, la angustia de castración no desempeñaría el mismo papel debido a la diferencia anatómica mencionada más arriba. La pequeña que se sabe desprovista de pene no podría concebir el temor de perderlo (Freud afirma que en ella la castración fue realizada realmente). Es la ausencia de pene lo que la haría entrar en el complejo de Edipo. La angustia de castración la lleva a desear el pene del padre y luego su sustituto, un niño. Basándose en lo que piensa ser la existencia de una única corriente fálica de la libido (en el sentido de la existencia en ella de una excitación genital, del mismo tipo que la del pene pero localizada en la zona del clítoris), le concede un papel fantasmático fundamental al deseo del pene. Insistamos de nuevo: se trata, para Freud, de un deseo vinculado directamente con la excitación pulsional –excitación que no pudo desembocar en las mismas satisfacciones en cuanto a la descarga como lo es para el niño, debido a una “inferioridad” del órgano que le sirve de apoyo (el clítoris)–.

El deseo/la envidia del pene no es pues solamente la causa principal de la entrada en el complejo de Edipo, sino también el motivo que provoca el odio a la madre decepcionante, ya que también ella padece de la misma supuesta inferioridad. La niña se trasladaría entonces de este primer objeto de amor, la madre, para establecer con el padre una nueva elección de objeto. En dos textos posteriores –“La sexualidad femenina” (1931) y “La feminidad” (1933)–, Freud va a profundizar su reflexión relativa a las dificultades de la relación preedípica de la niña con la madre. Su eje central, sin embargo, sigue siendo el mismo: la dificultad de la mujer no proviene de una frustración fantasmática. La ausencia del pene considerada desde el punto de vista anatómico es un problema debido a las dificultades de descarga de la excitación pulsional que resultaría de la supuesta inferioridad del clítoris concebido como una especie de vestigio anatómico. Tanto la niña como el niño, antes de la resolución del complejo de Edipo, solamente reconocen la existencia del sexo masculino. Renunciar a la masculinidad es, pues, para la nena, aceptar y renunciar al placer sexual vía la masturbación. *Al contrario*, querer proseguir en esta última vía es desviarse de la feminidad, aferrándose a una pseudovirilidad.

La cuestión de la resolución del complejo de Edipo para la niña es compleja según Freud: tanto que se pregunta cómo puede salir de este malestar si ella no vive la angustia de castración igual que el nene. ¿Cómo la pequeña podría temer la pérdida de un órgano que no posee?

El “superyó” femenino, que no se construye, como el masculino, sobre el zócalo de la angustia de castración, sufriría de una “debilidad constitucional”, conduciendo a la mujer a ser menos sensible que el hombre en los imperativos morales. Es sobre todo esta última afirmación, en contradicción con los datos de la clínica y de la cultura (si se piensa, entre otras cosas, en las figuras de Antígona y Cordelia), la que revela una equivocación

en la teoría freudiana de la diferencia entre los sexos basada en la causalidad anatómica. Freud intenta seguramente hacer frente a las críticas que podrían hacerle alegando la bisexualidad. Esta hipótesis de socorro permitiría incluir que esta supuesta indisposición femenina hacia lo moral se encuentra tanto en la mujer como en el hombre, si se los concibe como seres humanos afectados ambos por esta bisexualidad psicológica.

Realmente basta con recordar que no es tanto la existencia anatómica del pene como factor etiológico principal lo que desempeña un papel determinante. Es mucho más el sentido narcisista y organizador del deseo sexual que se le asigna a través del símbolo del falo. Así, pueden plantearse diferentemente las interrogaciones vinculadas al desarrollo de la sexualidad femenina y masculina. Esto en relación con el papel atribuido a la función paterna en la problemática narcisista. El complejo de Edipo es nada más que su continuación.

En los textos que acabamos de citar, esta referencia al narcisismo está muy presente, pero no aparece como factor etiológico determinante de las evoluciones diferentes de la niña y del niño en el complejo de Edipo.

Representación fálico-narcisista y complejo de Edipo

Vamos ahora a acercarnos más directamente al papel desempeñado por la representación fálica en esta economía narcisista, que deberá negociarse de nuevo durante la fase edípica y genital infantil.

Pensamos, en efecto, que tanto durante la travesía edípica como a lo largo de la existencia del sujeto *van a reactivarse y movilizarse las huellas dejadas por el conflicto narcisista* que acabamos de describir. Recordemos que entre el conflicto narcisista y el conflicto edípico no hay, desde nuestro punto de vista, antinomia, sino complementariedad. El complejo de Edipo es una nueva actualización del conflicto narcisista correspondiente a la fase genital infantil. El niño quiere, ante todo, salvar lo que representa el pene, es decir su propio reflejo idealizado. El sujeto teme perder el sentimiento de confianza en sí mismo narcisista, vía la pérdida del pene. Esta pérdida está vinculada al temor de perder el amor del padre, por la imposibilidad de definirse en relación a éste y, en consecuencia, de comprometerse en un proceso identificatorio masculino. Para un niño, en efecto, la única posibilidad de guardar el amor del padre sin desembocar al mismo tiempo en una posición de pasividad femenina es identificarse activamente al padre. A través de la pérdida del falo, el niño teme no

poder comprometerse con este planteamiento identificatorio, en un porvenir que debería confirmar el destino de la identidad simbólica masculina. Ya hemos dicho que se constituye precozmente, antes de la fase del Edipo propiamente dicha.

Por lo tanto, la forma en que el padre real, en función de su fanatasmática propia, comunica la prohibición del incesto es fundamental. Vemos en clínica padres que limitan a la madre como si fueran sus verdaderos propietarios, al punto de que no pueden soportar la menor relación de ternura entre madre e hijos, mientras que una de las dimensiones de la función paterna es también “dejar ser” este tipo de relación y no pura y simplemente “prohibir” a la madre, como repite demasiado la teoría de Lacan y de sus alumnos. Todo pasa como si a través de la posesión de su mujer esos padres pretendieran apropiarse de nuevo a la madre de la infancia. La paternidad los vuelve a sumergir en el conflicto narcisista (ser, para la mujer-madre, el niño que se ha convertido otra vez en un rival.)

La reiteración constante de amenazas de castigo hacia el niño se vincula entonces con una práctica de venganza y no de prohibición estructurante. Estos hombres se sienten amenazados de perder el falo que imaginan poseer, y de verlo robado por el niño y su madre unidos. En esta configuración, la única salida para el niño es identificarse él mismo al falo del padre. También, como escribe Ana Delia Levin de Said (2004, p. 196), el odio al padre resulta muy a menudo aumentado, en particular en las sociedades con fuerte ideología machista, por el estado depresivo en que se encuentra la madre aplastada en la realidad o en el fantasma por el hombre.

La prohibición bajo su ángulo privativo y punitivo debería, al contrario, combinarse con la indicación de una apertura identificatoria –“Tú también serás un hombre, hijo mío” (según la fórmula de Rudyard Kipling)– que muestra el camino de un proyecto identificatorio masculino y paternal, conforme a la identidad primaria sexual masculina de los primeros años de la vida.

Miremos ahora, desde esa perspectiva nueva que tiene en cuenta la unidad entre el complejo de Edipo y el conflicto narcisista, el destino edípico de la niña. Según François Perrier, el *Penis-Neid* debe considerarse como la consecuencia de una pretensión narcisista más fundamental, la de un *Phallus-Neid*. Varón y nena, como se ve, giran en torno de esta misma búsqueda que asigna al falo cualidades de omnipotencia y autosuficiencia conformes a las exigencias del “Yo-ideal” narcisista. La diferencia entre los dos sexos está en la posibilidad para el niño de apoyarse *defensivamente* sobre la existencia de su pene para imaginar poseer lo que no puede “tener” nunca: el falo. De ahí este descontento masculino tan corriente en cuanto a los “resultados”, incluidos los sexuales.

Para la mujer, esta pretensión fálica narcisista puede desplazarse: se trata para ella *de ser el falo*, la *"girl-phallus"*, previsto de los atributos narcisistas que hacen su brillo y su seducción. Ya destacamos la utilidad de este desplazamiento defensivo, que puede sin embargo mostrar un día su fragilidad, en la medida en que puede economizar a la mujer la salida histérica. Al verse privada del falo, la niña acusa esencialmente a su madre como la culpable de no haberla dotado de este órgano tan maravilloso, supuesto conferir un goce narcisista. Entonces, más que del lado de una inferioridad anatómica, es en el registro identificadorio que es necesario situar esta decepción: "Te elegí como mi primer y único objeto de amor, pero te veo desprovista de lo que da valor (el falo) y que los varones y el padre poseen. Madre, no puedo ya más identificarme contigo".

Está claro que la problemática fantasmática de la madre y de lo que comunicará a su hija desempeña aquí un papel muy importante. *Cuando la propia madre es atrapada por la omnipotencia que concede el falo*, no puede vivir su feminidad más que como un "en-menos" desde el punto de vista narcisista. La transmisión de lo femenino se encuentra afectada. Como vimos más arriba, la histeria se convierte entonces en un riesgo principal, a menos que la madre proponga una imagen de la feminidad como "máscara" (véase el artículo de J. Riviere). Se trataría, de esta manera, de parecerse al falo a falta de tenerlo. Pero en los dos casos lo femenino se indexa de un valor menor que favorece una fijación melancólica a la madre, a menos que la salida de esta relación, mediante la identificación masculina al padre, conduzca a sacrificar sencillamente lo femenino. Además, en su camino identificadorio la niña encuentra otra dificultad debido a la asimilación imaginaria de las cualidades intelectuales y culturales como atributos fálicos, lo que puede impedirle la posibilidad de orientarse hacia soluciones sublimatorias.

El "juego" (y es de verdad el término que conviene) en el cual la niña orienta su libido hacia el padre es de una gran complejidad. En los casos más favorables, la rivalidad con la madre no impedirá la coexistencia de un fondo de complicidad con ella integrando una feminidad valorizada. En este caso, madre e hija saben muy bien que ellas poseen algo de lo que el padre está desprovisto. Esto puede ser para él fuente de una viva angustia de castración.

Esta es la razón por la cual la problemática fantasmática del padre real no es menos importante en este "juego de a tres" y en el éxito de este cambio de objeto. Asistimos ciertamente aquí a un juego de desplazamientos libidinales, narcisistas y objetales, más que a cambios bruscos y radicales de objetos.

Si el propio padre se encuentra fijado en el orgullo de un *Phallus-Neid* para sí mismo, no podrá oír nada de lo femenino de su hija. No podrá compartir con ella

algunas inversiones, por temor de verse desposeer de una superioridad fálica. Sin embargo esta relación de complicidad con el padre es esencial, desde el punto de vista de las sublimaciones culturales para la niña (pensamos en las inversiones intelectuales, deportivas, etc.).

Más que de un reconocimiento de su propia parte femenina, nos parece importante que saliendo de este círculo fálico y narcisista el padre real sepa que le falta lo femenino perteneciendo a la niña como a la madre: principalmente la posibilidad de transmitir directamente la vida y dar nacimiento a un ser. *Son, quizá, los aspectos más importantes de la función paterna.*

La cura analítica es un trabajo de desidealización, en particular de la figura paterna. El padre y el falo idealizados tienen por función evitar la confrontación del sujeto con su origen, a menudo representada tanto en los fantasmas como en los mitos por el sexo femenino o lo que se le asimila: la cara o la mirada de la mujer (véase la Medusa). Es la posibilidad de sobrepasar esta problemática narcisista para el padre real lo que permite la aparición de la función paterna. La emergencia de esta función para el sujeto en su desarrollo constituye una condición indispensable "para pensar la esperanza", como indica muy a propósito en la conclusión de su libro Ana Delia Levin de Said.

El trabajo de desidealización del padre y del falo narcisistas es lo que permite la cura psicoanalítica, si el psicoanalista está en condiciones de renunciar a la omnipotencia de su conocimiento y de sus interpretaciones, dejándose ganar también por lo desconocido, como preconiza W. Bion. Por eso la posición de abstinencia del psicoanalista posee una dimensión antinarcisista que se puede comparar a la función paterna.

Durante el séptimo año de su análisis, Raquel relata un sueño: pone en escena a dos analistas, el doble uno del otro. Uno mide un metro noventa, el otro un metro sesenta (un metro sesenta es el tamaño de la paciente que se destina a la profesión de psicoanalista). "Engañada con la mercancía" (se dice en francés "*trompée sur la marchandise*"), ella se pone furiosa a lanzar piedras sobre el pequeño analista. La paciente está en un momento de su vida personal y de su análisis que la lleva a renunciar a una visión idealizada y todopoderosa de los hombres más allá de su propio padre. "Habría querido encontrar El Todo hecho hombre" (en francés: "*Le Tout fait homme*"), me decía en las sesiones que precedían el sueño, pero estaba muy decepcionada por no haberlo encontrado.

Me dice ella: "El análisis me hace caer de las cimas".

Yo en silencio me digo a mí mismo, guardándome de comunicárselo: ¿"De la cumbre del promontorio fálico"?

La paciente: "Pierdo mis ilusiones; sí, es verdad, yo espero a alguien que me cierre la boca" (en francés: "*clouer le bec*").

Esta es la razón por la cual actualmente intento no hablar demasiado, y cuando lo hago utilizo más bien la forma interrogativa.

Raquel quiere un niño. Elabora de nuevo algunos de los sueños del principio de su cura, donde se veía clavada, casi confundida, en un coito parental. Encontré este fantasma en varias curas de histéricos, tanto hombres como mujeres. Podría traducir, entre otras cosas, un deseo de dominio sobre el origen, por medio de una erotización, con el sentimiento de que algo se oculta y sobre todo hace volver ciego. ¿Sería quizá también una modalidad de enfocar el "padre de la prehistoria personal"? La perspectiva de convertirse en madre la enfrenta no sólo a la contingencia de la existencia sino que también cuestiona la creencia fantasmática en recibir el falo del padre.

Ella: "Ya que en efecto un embarazo se hace completamente solo. Es pasivo. No tengo ya nada que hacer, más que esperar, que venga. ¿A qué sirvo?". Detrás de este conjunto de interrogaciones se perfila su feminidad. Para ser asumida debe pasar por un derrumbamiento del fantasma del falo narcisista todopoderoso y activo del padre, mientras que se trata en el momento de su embarazo de integrar la pasividad. Al principio de su análisis la creencia en el "falo de saber" tenido por el analista la protegía contra este pozo sin fondo que representa, como lo dice Freud, lo femenino y su denegación. El trabajo de desidealización del "supuesto saber del analista" la enfrenta a la angustia de lo desconocido y del femenino pero le abre la vía del camino hacia la feminidad. Como el padre que debe aceptar que lo superen sus hijos para que ellos alcancen sus propios deseos, el analista debe renunciar a ser el "Sujeto que sabe" para que pueda surgir un día la verdad del Ser.

Bibliografía

Levin de Said, A. (2004). *Sostén del ser*. Madrid: Paidós.